

Saguntina

Revista didàctica i científica

Grup culturaclasica.net

Revista Saguntina. *Dades Catalogràfiques*

Revista del "Grup culturaclasica.net"

Sagunt 2007

Dipòsit legal: CS-76-2007

ISSN 1887-6331

Vol. 111 Aprilis A.D. MMVII



La vuelta de los monstruos

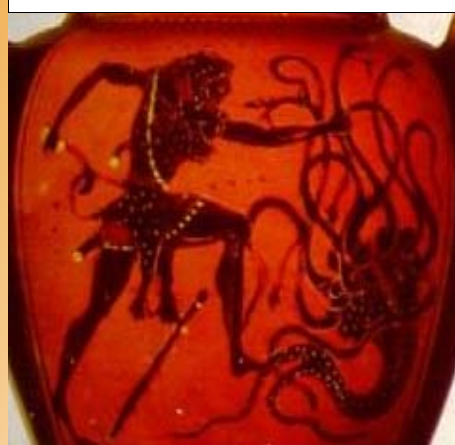
Mercedes Madrid

Es un hecho sabido que en prácticamente todas las culturas está presente la figura del héroe. Esta presencia está relacionada con otra constante que también ha acompañado y acompaña a la humanidad de todos los tiempos: el miedo y, en especial, el miedo a lo desconocido, que es el que más angustia crea y el más difícil de controlar. Hasta que el hombre no fue capaz de imponerse a la naturaleza y hollar con sus pies cualquier lugar de nuestro planeta que permaneciera virgen, por inhóspito y lejano que fuera, el mundo exterior a su aldea, ciudad, nación o continente se le manifestaba como un lugar hostil y, por tanto, lleno de fuerzas misteriosas y amenazadoras que en cualquier momento podían poner en peligro su propia existencia y la de los suyos. En la mayoría de las culturas estas fuerzas se encarnaron en seres malignos poseedores de facultades y poderes muy superiores a los humanos y pronto la imaginación de las gentes les dio forma en la figura del monstruo.

Monstruos los hay de muchos tipos, pero quizás para los occidentales los más conocidos son los de la mitología griega y los que proceden de ella, más o menos transformados. Los griegos antiguos fueron un pueblo muy dotado para dar forma plástica a cualquier poder sobrehumano, ya se tratara de divinidades o monstruos. Se ha dicho que, en vez de doblegarse ante la conclusión deprimente de que los dioses estaban más allá de toda comprensión y que el modo apropiado de manifestarse eran toscas facciones de bestias, intentaron imponer cierto orden en el sistema total de las cosas y así imaginaron a sus dioses como hombres y mujeres, aunque más bellos, más altos, más poderosos y sobre todo, inmunes a la vejez, las enfermedades y la muerte. También dotaron a sus monstruos de formas muy precisas imaginándolos básicamente de estas tres maneras: o bien como híbridos, en los que se mezclaban todo tipo de seres y cosas (sirenas, gorgonas, harpías, esfinges, etc.), o bien como seres con alguna parte o aspecto de ellos hipertrofiado o que transgredían su propia naturaleza (hombres de cuya cintura nacían tres torsos, como Geriones; caballos antropófagos, como las yeguas de Augias; hombres gigantes dotados de un solo ojo, como los Cíclopes; feroces leones de piel invulnerable, como el de Nemea; o perros de tres cabezas, como Cerbero), o bien como seres semejantes a animales reales pero cuyo inmenso tamaño, apenas vislumbrado, sólo podía ser señal de su maldad (calamares o pulpos gigantes, cuyas patas fueron transformadas en cabezas que, al cortarlas, renacían, como la Hidra de Lerna; serpientes inmensas que guardaban tesoros, como el dragón del bosque de Ares en la Cólquide o el del Jardín de las Hespérides -transformados, a su vez, durante la Edad Media en gigantes lagartos alados-; o, incluso, ballenas, cuyo cuerpo gigantesco debía ir paralelo a sus instintos destructores, como el terrible Ceto al que se entregó a la bella Andrómeda). A la mayoría de estos monstruos los griegos los hicieron hijos de Nyx (la Noche), una de las dos grandes madres primordiales que surgieron del Caos primigenio en los inicios del Universo¹, lo que evidencia que la asociación de oscuridad y maldad es muy antigua. Estos monstruos eran, pues, las fuerzas del Caos y tenían como misión alterar el Cosmos, es decir, el "Orden", que con tantos esfuerzos Zeus había instaurado, tras derrotar a los Titanes y apoderarse del trono de su padre Crono.

Pues bien, el papel de los héroes de la mitología griega era limpiar la tierra de todos estos monstruos. Eran, por tanto, hombres (y en este caso el término no es genérico,

Hércules luchando con la hidra de Lerna



Esfinge



Dragón que guardaba el vellocino de oro



[1] La otra madre primordial es Gea (la Tierra) de la que nacieron tanto los dioses como los hombres.



pues no hay héroes que sean mujeres) que, por ser hijos de dioses y mortales, poseían una naturaleza especial que los elevaba por encima del resto de sus congéneres y les garantizaba el éxito en cualquier empresa que emprendieran, gracias a la serie de cualidades de las que estaban dotados: valor, fuerza, inteligencia, rapidez, belleza... y, sobre todo, una gran capacidad para resistir el sufrimientos y soportar toda clase de fatigas. Sus nombres son de sobra conocidos: Heracles, Perseo, Teseo, Belerofonte, etc.

A diferencia del concepto actual de heroísmo, estos héroes no eran vistos como ejemplo o modelo para el resto de los mortales. De hecho, su carácter colérico y excesivo hacía muy difícil la convivencia con ellos y por eso los mitos hablan de sus dificultades para llevar una vida normal o de sus desgracias familiares (por ej. Hércules mató a su primera mujer y a sus hijos, y murió a causa de la segunda; a Teseo se le suicidó su esposa y fue el causante de la muerte de su hijo, etc). Con ello el mito ilustra su condición de seres exteriores a la sociedad y los arroja a los márgenes del espacio civilizado. Es como si su continuo contacto con los monstruos y sus frecuentes visitas al espacio hostil donde éstos habitan, hubieran acabado por contagiarles parte de su monstruosidad y salvajismo y de ahí su desmesura y propensión a la violencia.

Con el paso del tiempo y conforme la humanidad fue conociendo y dominando nuestro planeta, el miedo fue disminuyendo y estos monstruos desaparecieron de la vida real (con excepción del pobre habitante del lago Ness, convertido en un mero reclamo turístico) y la imaginación tuvo que ubicarlos en el espacio exterior, como el terrorífico *Alien* y sus secuelas. Con los monstruos también desaparecieron los héroes que les daban muerte, quizás porque como alguien ha dicho estos héroes y estos monstruos eran las dos caras de una misma moneda². Pero esto no quiere decir que la figura del héroe dejara de ser necesaria, sino que fue evolucionando hasta llegar a nuestra época y en esa evolución los héroes perdieron su carácter marginal para convertirse en personas aparentemente normales. Hoy día ya no se necesitan estos vencedores de monstruos, que en nuestra sociedad serían considerados unos auténticos psicópatas y un peligro para sí y los demás (¿cómo podría Hércules ser considerado un héroe después de haber matado a su maestro de música en un ataque de cólera porque le reprendió su indisciplina?), sino personas que, sobreponiéndose a la debilidad intrínseca de la condición humana, aporten una visión ética y demuestren la capacidad del ser humano por mantener la dignidad y defender valores que son más grandes que él. Así, en nuestra sociedad se considera un héroe a cualquier persona que en una situación extrema evidencia su carácter excepcional por su enorme capacidad

para el sufrimiento y el sacrificio al ir, en el cumplimiento de su deber o en la defensa de un necesitado o de su propia integridad moral, más allá de lo que humanamente le es exigido. Y a esta tipología responden no sólo los héroes reales que aparecen en los periódicos, sino también los que, producto de la fantasía, se asoman a las pantallas del cine y la TV. En muchos de estos últimos podemos todavía atisbar algunos rasgos de los antiguos héroes míticos, convenientemente moralizados y civilizados, bien en el bueno y abnegado policía, bombero, o médico, o en lo héroes de ficción como Superman Spiderman, los caballeros Jedi, I. Jones o H. Potter.

Y ¿quiénes son los oponentes de estos héroes? Ya no son monstruos como las hidras o los dragones, sino otros seres humanos (o humanoides en los héroes de ficción) psicópatas y asesinos o bien desalmados que se sirven de los avances tecnológicos y científicos de la humanidad para hacer el mal en beneficio de su codicia o ansia de poder, hasta el punto de poner en peligro la vida del planeta. Estos "monstruos" ya no son hijos del miedo sino de la prepotencia del ser humano y de una falta tal de respeto al planeta y al resto de seres vivos que han subvertido los términos y ya no es el hombre el que teme a la naturaleza sino que es ésta la que debe temer al hombre. Los monstruos, pues, viven entre nosotros o, más exactamente, dentro de nosotros. Son, utilizando el lenguaje galáctico, el lado oscuro de la naturaleza humana, tanto más terrible cuanto mayor es su excelencia. Por eso nadie ha encarnado mejor en el cine este tipo de monstruos como la figura de Dark Vaden, porque el monstruo actual ya no es la otra cara de la moneda, sino la misma cara, es decir, el héroe que ha perdido su sentido moral y, en vez de defensor de la humanidad, se ha convertido en su destructor³.

Hasta ahora estos monstruos sólo tenían vida en la ficción, pero, tras la destrucción de las Torres Gemelas el 11-S, las cosas han cambiado en la sociedad occidental y nuestras pantallas se están llenando de héroes, ubicados no ya en la ficción, sino en la vida real, cada vez más parecidos a los desmesurados y hasta cierto punto amorales héroes antiguos. Y esa es una señal evidente de que los monstruos han regresado a la vida real, o dicho más exactamente, de que se ha apoderado de la sociedad en que vivimos el miedo y la conciencia de nuestra extrema vulnerabilidad, si aceptamos que en cualquier momento un transporte público puede saltar por los aires o nuestro lugar de trabajo puede convertirse en un infierno en llamas o el aire

[2] Este aspecto se trata muy bien en la película *Corazón de dragón* (R. Cohen 1996)

[3] Este trasvase también es muy antiguo y tiene un gran pedigrí mítico: Satán es el lado oscuro de Luzbel, el más perfecto y bello de los ángeles que creó Jehová.



que respiramos o los alimentos que tomamos pueden resultar conductores de virus letales o microbios asesinos. Y esta vez nuestro miedo sólo ha parido un monstruo, pero más poderoso y temible que ninguno, porque lo hemos dotado de múltiples manos y del don de la ubicuidad: el terrorismo. Y he aquí de nuevo a los héroes arrojados al territorio salvaje del monstruo donde los contagia de su maldad y los convierte en seres asociales y en desequilibrados mentales condenados a la soledad por su incapacidad para mantener y conservar una relación familiar o amistosa. Recientemente hemos tenido en nuestras pantallas dos ejemplos paradigmáticos: el agente federal Jak Bauer de la exitosa serie televisiva *24* y el protagonista que interpreta L. di Caprio en la película de M. Scorsese *Infiltrados*. Y de esta tendencia no se escapan ni los luminosos héroes del comic. Pronto se estrenará la tercera entrega de Spiderman en la que el "monstruo" son los demonios que anidan dentro de él y ya está en preparación un *Superman 4* bastante más oscuro que los anteriores.

Se puede pensar que estas transformaciones de la figura del héroe obedecen a una operación de marketing destinada a garantizar el éxito de estas producciones, como de hecho así ha sido, pues su ritmo trepidante, su excelente uso del lenguaje narrativo visual y sus buenos guiones, en unos casos y en otros, el derroche de efectos especiales están asegurando a estas producciones millones de espectadores y seguidores. Pero difícilmente ningún producto del marketing consigue conectar con el público si carece de verosimilitud y los espectadores no pueden identificarse con lo que ven. Por tanto, ¿es la industria del ocio la que está ofreciendo un nuevo tipo de héroe o más bien es la sociedad occidental la que lo demanda? Parece más bien lo segundo, cuando el miedo está calando en nosotros porque sus gestores, encabezados por la administración de Bush, no cesan de enviarnos desde todos los medios el mensaje de que la única manera de vencer al monstruo es usar sus propias armas, empezando por la suspensión de las garantías legales y acabando por la tortura y el asesinato.

Los antiguos héroes griegos perdieron parte de su predicamento ya en el s.VI a.C., cuando el poeta Píndaro exigía limpiar sus mitos de todos aquellos aspectos transgresores de la moralidad para poder presentarlos como modelos de actuación. Pero este lavado no fue suficiente y en el siglo siguiente los poetas trágicos atenienses acabaron con su glamour al mostrar la incompatibilidad de esta conducta heroica con las normas de una sociedad democrática, como era la Atenas del s.V a.C. Por eso, si la sociedad occidental se deja vencer por el miedo y se empeña en dar la batalla al terrorismo en su mismo terreno y con sus mismas armas, hay que concluir que los monstruos han vuelto y la convivencia y legalidad democrática han quedado indefensas porque los encargados de defenderla, sus héroes, se han contagiado, se han pasado al lado oscuro y de hecho se han convertido también monstruos.

